189-B (020, 021 y 022 capítulos)

Manuel Jiménez Delgado

Image not found.

Capítulo 1

Pasó seis noches en aquella celda. No hacía nada, salvo estar tumbado en aquella cama, comer cuando le llevaban comida, hacer sus necesidades en un cubo y dormir. Nada más. Por las noches permanecía despierto hasta altas horas de la madrugada. Alguien tenía una radio en el pasillo, o tal vez en otra celda, no lo sabía. Pero de noche durante varias horas se escuchaba música, lejana pero lo suficiente como para poder escucharla. No era música patriótica ni la autorizada por el partido, por eso pensó que provenía de otro sitio. De alguien que la oía en la clandestinidad de la noche. ¿Pero cómo era posible? Estaba en la Chomsky, en plena cárcel del Colectivo. Pues allí dentro sonaban aquellas canciones cortas, embriagadoras, tristes algunas, otras alegres. Le relajaban, le hacían pensar, oír aquellos cantantes de voces a veces dulces, otras rasgadas, tan diferentes a los coros del Partido. Su cadencia le llevaba a volver al Llano, a viajar con su mente a los momentos que fue feliz. A recordar a Ulises, sus manías, su voz atronadora, su espíritu libre, un hombre indomable. Solo conoció hombres de verdad allí, en la pradera entre aquella gente hecha a sí misma, fuera de allí no habían hombres solo monigotes, juguetes controlados por otros, a través del miedo.

Recordó a Viento, su muerte horrible, la agonía de un muchacho inocente que veía el mundo por primera vez. Murió a su lado, pero no quería tener esa imagen de él. Prefería recordarlo con aquella mirada curiosa e intrépida con la que afrontaba todo. Tan diferente a los niños de la Ciudad, que repiten como autómatas discursos enteros aprendidos de memoria. Incluso cuando Viento decía el dogma tribal del “todo es de todos”, era distinto.

Pero sobre todo la recordaba a ella, 977. Suspiraba cuando las canciones hacían que ella apareciera allí en aquella celda, la veía con los ojos cerrados. Ella lo miraba, sus ojos brillaban y poco a poco se boca enseñaba los dientes en una de sus sonrisas que paraban el mundo. Los ojos se le llenaban de lágrimas que le corrían por las mejillas, pero no había ni una de tristeza, todas de alegría. Una alegría emocionante, un escalofrío que lo llenaba entero. Sabía que ella estaba muerta, pero recordaba el credo de los hombres del Llano, aquello de un lugar donde los hombres buenos son llamados por un Dios bondadoso para que vivan y sean felices para siempre. Los recodaba de rodillas o de pie recitando aquellas oraciones que hablaban de cosas tan bellas. Tenía que ser verdad si aquellos hombres creían en ello. El cerró los ojos para pensar en 977 esperándolo en aquel lugar. Sentía una felicidad absoluta cuando pensaba

en volver a verla, en estar con ella.

21

Todo estaba listo desde hacía dos días, pero se había retrasado para que coincidiera con la víspera de las conmemoraciones del Partido. El día de las Comidas Comunales del Partido, era en realidad toda una semana donde el Partido invitaba a comer en enormes mesas a todos los camaradas. Se conmemoraba la comida pública que dio el Partido tras superar dieciséis años de hambruna, que siguieron a la Revolución. Desde entonces el racionamiento había permitido que toda la población recibiera las calorías básicas para tener una vida digna. "A cada uno según su necesidad" decían las cartillas de racionamiento.

En esa mañana, el Palacio de Justicia era un enjambre de trabajadores que se afanaban en montar todo el protocolo de los grandes juicios. Las banderas, la iluminación, limpiarlo todo. La televisión retransmitiría, por lo cual la iluminación debería ser la adecuada. Los doce jueces del tribunal se sentarían en la gran tarima, la luz tendría que reflejar sus rostros en contraste para potenciar el fondo color dorado en el cual colgaría el escudo del Partido y unos perfiles de los padres de la Revolución, los cinco grandes sabios mirando hacia la izquierda. La luz daba sensación ingrávida al escudo y a los perfiles, que era como si flotaran sobre la profundidad. Más abajo el atril desde donde el Jefe de los Jueces de Instrucción leería las acusaciones. En la platea miles de sillas, exactamente diez mil y el palco presidencial en la parte central, justo en frente del tribunal. Allí se sentaría todo el Circulo Interno dejando el sillón rojo para Ciudadano Cero. Los enemigos del pueblo, entrarían por los pasillos que atravesarían todo el Palacio, entre las sillas la gente les daría el recibimiento que se merecían, para llegar a sentarse en las sillas amarillas que estaban rodeadas de una pequeña valla negra, justo debajo de donde estaría el Juez de Instrucción. Serían custodiados por Guardias del Colectivo.

189 desayunó con los demás, en un salón atestado de desconocidos. Aunque vio algunos que conocía de vista e incluso a varios de los que

trabajaban en la fábrica. Ahí supo que allí estaban todos los conspiradores, esa era la gran farsa que el partido había montado. Sonrió divertido, todas aquellas personas iban a ser condenadas por algo que hizo él solo. Los que estaban allí no lo miraron, no sabían quién era. Llevaban siendo interrogados y torturados durante el último mes, cuando fueron detenidos 189 no aparecía todavía en televisión. Incluso muchos de ellos, habían sido detenidos porque otros presos anteriormente los habían delatado o firmado listas de nombres después de ser torturados. Solo 189 había dicho la verdad en sus meses de interrogatorios, era el único que no había implicado a nadie, por la única razón de que no había nadie a quién implicar.

Después del desayuno, volvió a la celda donde se encontró un uniforme limpio de color gris oscuro. Un trozo de cartulina le daba la orden "Póngaselo". Cumplió con ella y vinieron a buscarle.

Tres autobuses del Colectivo con los cristales pintados a brochazos, los esperaban para llevarlos al juicio. Fueron entrando según los nombres. Cuando pronunciaron el suyo, subió y se sentó en el sillón que le indicaron.

Tan solo dos kilómetros separaban a la Chomsky del Palacio de Justicia. La avenida de amplias aceras y edificios gubernamentales, estaba abarrotada de manifestantes con pancartas pulcramente impresas. El gentío vociferante la emprendió a insultos y gritos contra los autobuses. En algunos puntos, la policía dejaba que se rompiera el cordón de seguridad, los manifestantes hacían que parase el convoy golpeando las ventanas con las pancartas. Lanzaban pequeñas bolsas con pintura. Gritaban insultos. La policía calmaba los ánimos, apartaba a los manifestantes. Durante los cien o doscientos metros siguientes se circulaba despacio pero seguido, para volver a la misma situación. El nivel de violencia era alto en gestos, espasmos y gritos, pero solo un gesto de los policías para que aquella gente volviera a las aceras. El trayecto duró casi una hora. Todo controlado.

Cuando bajaron en la entrada había tranquilidad. Pudieron formar en filas según la decena de su nombre. Entraron en grupo a la enorme recepción donde una estatua que simbolizaba la justicia del pueblo les daba la bienvenida, todo parecía tranquilo. Hicieron filas, unos ujieres de estricto uniforme les indicaban a gritos cual era la entrada de cada fila. En un instante las enormes puertas se abrieron desde dentro, las dos filas entraron en la gran sala del tribunal. Ya no había silencio.

Atravesaron un auténtico sendero rodeado de una muralla de gritos, brazos e insultos. Algunos fueron zarandeados con violencia, tirones de pelos, escupitajos, golpes con las pancartas. Los que intentaron correr presas del pánico solo consiguieron caerse de bruces por las esposas en los pies, lo que dio más tiempo para que el público se cebara con los

enemigos del pueblo. Los guardias del Colectivo miraban impasibles, uno de ellos fue salpicado ligeramente por un escupitajo, sacó la porra y se llevó al responsable de la sala trabado por el cuello. Mientras otro Guardia que lo suplía, hacía gestos para que continuaran con la demostración de furia espontánea.

Las cámaras de televisión emitían en directo con treinta segundos de retraso. Los comentaristas hablaban de la masa enardecida contra aquellos saboteadores que querían hundir la felicidad revolucionaria. Las cámaras mostraban los gestos de odio acompañados de una música de fondo patriótica e imágenes de las revoluciones. Los enemigos del pueblo consiguieron llegar vivos a la zona donde se fueron sentando, lo cual fue una sorpresa enorme, aunque solo para ellos. Los Guardas sabían que llegarían. Todo controlado.

Cuando los jueces del tribunal y el fiscal empezaron a entrar. Todo el mundo se calló. No se oía nada. Solo el movimiento de las sillas al sentarse. Cuando estaban los jueces sentados, el Presidente del Tribunal, paró su intención de coger el mazo. Se habían abierto las puertas del palco presidencial. Comenzó a sonar el himno del partido. Todo el mundo se puso en pie. Entraba Ciudadano Cero y el Circulo Interno, todos vestidos con uniformes militares verde oliva. La sala puesta en pie cantó el himno, era atronador. Todas aquellas gargantas cantaban cómo habían destruido el capitalismo, como asaltaron los cielos desde las plazas, lo bueno que era ser pobre y la utopía que llegaría. Los prisioneros también cantaban, como el resto con el brazo extendido hacia delante, con la mano abierta o con el puño cerrado. Ambas maneras eran válidas. Un espectáculo sin duda. Orgullosos los líderes obreros observaban desde el palco. El proletariado era increíble, pensó Ciudadano Cero. Su mirada emocionada recorría la enorme sala Ahí estaban todos cantando, iguales gracias a él. La gran sociedad del Partido. Pero su visión se empañó, entre los enemigos del pueblo, entre los saboteadores, entre esa calaña infecta, había alguien sentado. Un ser vil que insultaba así al Partido, no podía ser otro que aquel anormal de 189-B. Ese estúpido pagaría por aquello, todavía podía hacerle más dura su estancia entre los vivos.

22

El Juez de Instrucción subió a la tarima. Colocó los folios en el atril y comenzó a leerlos, como le habían enseñado.

- Ciudadano Cero-dijo haciendo una genuflexión-. Camaradas miembros del Tribunal. Camaradas trabajadores- pausa y su mirada se desplazo por la sala-. Hace dos años una terrible conspiración contra la sociedad fue destapada gracias a la tenacidad del Estado Revolucionario y sus brazos ejecutivos. Un hombre, un traidor a su clase, alguien que no es merecedor de su nombre de trabajador, 189-B decidió escapar de la ciudad y poner rumbo hacia el Centro Reeducativo de Mesa Alta, para contactar con su compinche 977-R. Esos dos nombres son solo la punta del iceberg de la conspiración contrarrevolucionaria que ideó un Juez de Instrucción traidor que enloquecido por el egoísmo, quiso facilitar información y armas a los gaianos de las montañas para que atacaran la Ciudad. 025-J ebrio de poder, movilizó a un grupo de enemigos del pueblo para debilitar nuestros sistemas de control de entrada que nos protegen de la amenaza exterior así como nuestros sistemas de transporte interno que sufrirían numerosos sabotajes para destruir la moral revolucionaria.

"Los acusados, todos los aquí presentes, obedecieron con fe ciega las ordenes que les daba 025-J. Adoctrinados en el culto al materialismo y el individualismo, fueron aleccionados en actos de sabotaje en todos los sentidos, tanto material como informativo."

"Como les era imposible recolectar armas debido al estricto control del Colectivo, iniciaron una campaña de difusión de rumores y contra-información para desestabilizar todo el sistema revolucionario que crea día a día los mecanismos que conforman la utopía de la nueva sociedad futura."

"Cuando el eslabón más débil de la cadena conspirativa se rompió. Todo quedó a la luz. 189-B inició una fuga basada en la locura. 977-R había sido detenida en un control rutinario por sus actos constantes de sabotaje. Cuando se iniciaron los interrogatorios, el cabecilla 025-J ordenó desaparecer a sus acólitos, cesar sus actividades temporalmente, aquellos horribles traidores dejaron de realizar sus fechorías con la vana idea de que podrían evadir la justicia del pueblo. Pero no pudo ser, porque meses más tarde cuando 189-B decidió escarpar de la ciudad y llegar andando hasta Mesa Alta donde ilusoriamente pensaba encontrarse con 977-R para unirse a los gaianos. Motivado por los bajos instintos, desterrados en el hombre revolucionario, este anormal anduvo cientos de kilómetros en soledad - pausa y sonrisa burlona- o eso creía él, porque era vigilado de cerca por una expedición ultra secreta del Colectivo que lo seguía durante su periplo por lo salvaje, para saber exactamente qué estaba haciendo. Siendo detenido cuando se demostró que pretendía unirse a los gaianos que lo estaban esperando."

"Toda la conspiración quedó al aire, y hoy se hará justicia a todos ellos. Hemos elaborado un listado con las condenas para que el Tribunal las

apruebe o deniegue según su juicio.”

Dio un taconazo, genuflexión hacia el palco y volvió hacia su silla. Había sido breve y conciso. Lo ideal, el papel se había pasado en blanco con los nombres de los condenados pero sin condena. El tribunal lo pasaría al Circulo Interno para que estos marcaran con una línea roja a las condenas a muerte, azul a los condenados a perpetua, verde para los de 25 años y amarilla para los de diez años.

El tribunal se retiró para la deliberación. Una enorme pantalla apareció en la tribuna, se oscureció la sala. Una película amenizaría la hora y media que tardarían en dar el veredicto. Ciudadano Cero permaneció en su sillón, era un auténtico cinéfilo que adoraba el cine desde muy joven. Para aquella ocasión había seleccionado una muda, La Huelga, le encantaba aquella película rusa junto con la alemana Metrópolis, eran sus películas favoritas. Aun así, aquel día no estaba para concentrarse en la película, sentía uno de sus constantes cambios de humor, había pasado de la ira por el desplante al himno de aquel imbécil a la modorra nostálgica. La cadencia de la música combinada con las imágenes en blanco y negro, le trajo recuerdos del pasado.

Noventa años atrás…

“Se subió sobre una caja de madera que alguien había encontrado en un vertedero. Encendió con dificultad el megáfono grisáceo que sostenía en las manos. Le costó bajar la clavija a la posición de encendido, aquel chisme nunca le había parecido tan pesado como antes. Era como si alguien le hubiera metido una piedra en algún sitio. Estaba nervioso, y las cosas con nervios costaban mucho más que sin ellos.

Después de batallar con el botón, se acercó el micrófono a la boca. El acople dejó sordos a los que estaban más cerca, el sonido agudo, metálico, desagradable duró tres segundos pero lo suficiente para que las caras de queja llenaran las primeras filas. Separó la boca del micrófono que se unía al megáfono por un cable en espiral. Musitó un perdón, del cual se arrepintió al instante. La gente volvió a mirarle, pendiente de lo que diría. Era la primera vez que hablaba a la asamblea, no quería quedar en ridículo, sus amigos estaban allí, pero también algunos profesores de la universidad , miles de campistas a los que apenas conocía y también un aluvión de personas que venían a curiosear. Al fin y al cabo era una plaza pública.

-Compañeros y compañeras... Se me ha pedido que exponga el principio de reforma en el sistema de derechos humanos para formularlo en el manifiesto que presentaremos como bases del Movimiento. Dentro de las diferentes propuestas y sensibilidades, yo me he encargado de redactar la propuesta de limitación progresiva del derecho a la propiedad. Desde el Movimiento pensamos y proponemos que sea derogado el derecho de

propiedad, como derecho… queremos decir. Ya que... este derecho no puede ser eterno- carraspeo, dudaba-. Los ricos no pueden ser ricos siempre... quiero decir... que no pueden amasar riquezas infinitas... que no gastarán aunque derrochen cada día de su vida- aplausos del público, sus nerviosos se calman-. Miren por ejemplo el caso de los millonarios de la tecnología, ¿Cuándo tendrán suficiente esas empresas? ¿Cuándo liberalizaran sus programas para que las personas de a pie podamos utilizarlos sin que ellos ganen dinero que no podrán gastar aunque quieran?- aplausos-. La respuesta es eliminar a la propiedad como un derecho y limitarlo progresivamente. ¡El Gobierno tiene que defender a los ciudadanos de los ricos!- aplausos y vítores-. ¡Y no al revés! Y la medida más justa, es fijar una tasa máxima de beneficios y expropiar todo lo que pase de ahí... - fue interrumpido por el presidente de la asamblea.

-Gracias compañero. ¿Votos a favor de la propuesta del compañero Ángel?- un mar de manos se levantó ante sus ojos-. ¿Votos en contra? Muy bien, aprobada. Se incluirá su propuesta en el manifiesto. Gracias compañero.

Ángel Cabrera bajo de la caja, en esa época todavía se llamaba de la manera individualista, entregó el micrófono. Sorprendido y un poco atontado recibió las felicitaciones de sus amigos situados a su alrededor. Saboreando su éxito, se sentó junto a los demás para escuchar las otras propuestas, o por lo menos intentarlo. La asamblea continuaba…”

Terminada la película, la enorme pantalla se elevó y todos los integrantes del tribunal entraron. Hicieron la venia, pidieron permiso a Ciudadano Cero que asintió con la cabeza. Iniciaron la lectura de la hoja que tenían en su poder desde hacía una semana. Solo diez de los conspiradores tuvieron condenas de prisión en campos de reeducación, todos de veinticinco años, el resto fueron condenados a muerte.

El público dio un respingo cuando sonó la última condena, una ovación recorrió toda la sala. Gritos espasmódicos de una alegría impuesta, forzada. La salva de aplauso disimuló la impostura y el sonido atronador del himno del partido eliminó la sensación de ridículo.

-… la condena se ejecutará a las cuarenta y ocho horas exactas de esta lectura.

Volvieron a sus celdas, esta vez sin problemas. Sin manifestantes, los autobuses tardaron quince minutos en dejar a los prisioneros en la prisión.